

**Oración para iniciar la reunión**

Señora santa María,  
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:  
como hija, esposa y madre,  
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.  
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia  
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.  
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor  
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.  
Muéstranos tu protección de Madre  
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

**ESQUEMA:**

1)	INTRODUCCIÓN .....	1
2)	CREO EN EL PERDÓN DE LOS PECADOS .....	2
3)	LA QUINTA PETICIÓN DEL PADRE NUESTRO .....	3
4)	¿QUÉ ES EL PERDÓN? .....	4
5)	EL “PRECIO” DEL PERDÓN .....	4
6)	RESUMIENDO .....	5
7)	CONCRETANDO .....	6
8)	PRÁCTICA FAMILIAR .....	6
9)	REFERENCIAS .....	6

**TEMA 1. El aceite en las heridas: el misterio del perdón**

**1) Introducción**

Como recordáis, el curso pasado estudiamos el libro *Informe sobre la esperanza*, entrevista del P. Carlos Granados al cardenal Gerhard Müller. Allí nos preguntamos sucesivamente qué podemos esperar de Cristo, de la Iglesia, de la familia y de la sociedad. Estas cuatro grandes preguntas estaban profundamente entrelazadas entre sí. El libro concluía ofreciéndonos la clave comprensiva de la misericordia divina. Esta estrecha vinculación entre esperanza y misericordia ya la intuyó genialmente san Agustín que en el libro de las *Confesiones* afirma que “toda mi esperanza no estriba sino en tu muy grande misericordia” (Libro X, cap. 39, n. 40). San Juan Pablo II prolonga esta experiencia agustiniana al afirmar que: “Fuera de la misericordia de Dios no existe otra fuente de esperanza para el hombre. Es preciso transmitir al mundo este fuego de la misericordia. En la misericordia de Dios el mundo encontrará la paz”.

Teniendo presente esta estrecha conexión entre esperanza y misericordia, tornamos este curso al cauce del plan formativo de Familias de Betania. Dentro del segundo bloque que lleva por título “Edificar la casa”, este curso vamos a estudiar el tema del perdón en la familia. Lo hemos titulado “Aceite en las heridas: regenerar el amor en la familia”. El objetivo consistirá, por consiguiente, en profundizar en el misterio del perdón. La vocación al amor a la que Dios no cesa de invitarnos para construir y edificar el arca de nuestra familia pasa necesariamente por la escuela del perdón mutuo. Podemos vivir la virtud teologal de la esperanza si experimentamos que Dios no cesa de perdonar nuestros pecados. Como afirma San Juan en su primera carta: “Todo el que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, como él es puro” (1Jn 3,3).

La perspectiva adecuada para acercarse a la experiencia del perdón se encuentra en la mirada sacramental. En efecto, es a la luz de los sacramentos como podemos penetrar en el misterio del perdón. Y es que la Fuente primera del perdón es Dios mismo, quien nos ama por encima de nuestras ofensas. Así como el amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables, así también podemos decir que ser perdonados por Dios y perdonar a los demás forman una inescindible unidad. Esta experiencia estamos llamados a vivirla en la familia, espacio privilegiado para aprender a ser perdonado y perdonar.

## **2) *Creo en el perdón de los pecados***

El pensador y filósofo inglés C.S. Lewis afirmaba que en la Iglesia y fuera de ella también decimos muchas cosas sin pensar en lo que estamos diciendo. En el Credo se afirma: “Creo en el perdón de los pecados”. Lewis confiesa haber estado años diciéndolo antes de preguntarse por qué aparece esto en el Credo. A primera vista parece obvio: si uno es cristiano, por supuesto que cree en el perdón de los pecados. Sobra decirlo. Sin embargo, parece que quienes compilaron el Credo consideraron que era una parte de nuestra fe que debíamos recordar cada vez que celebráramos la muerte y Resurrección de Cristo.

El “perdón de los pecados” es, en realidad, una expresión que se refiere al bautismo, igual que la “comunión de los santos” incluye la Eucaristía. El contexto en que se habla del perdón es, pues, sacramental, y pone de relieve que hemos sido perdonados por Dios. Quien está bautizado vive en la esfera de un perdón constante de Dios, que se le ofrece siempre a la mano.

Lewis completaba esta visión diciendo: creer en el perdón de los pecados significa también creer en nuestra capacidad de perdonar. Porque el Señor expuso con rotundidad que, si no perdonamos a los demás, no se nos perdonará tampoco a nosotros. El perdón que hemos recibido en el bautismo nos hace perdonadores, a partir de la gracia que Dios nos ha dado. Si no somos capaces de perdonar, algo falta, por tanto, a nuestra fe en el perdón que hemos recibido de Dios.

Cuando creemos estar pidiendo a Dios que nos perdone, muchas veces en realidad le pedimos que nos excuse. Sin embargo, hay todo un abismo entre perdonar y excusar. Excusar significa comprender que la cosa no se pudo evitar, que no había intención de hacerlo, y que en realidad no somos culpables. Pero si de verdad no tenemos ninguna culpa, no hay nada que perdonar. Dios conoce todas las excusas reales mucho mejor que nosotros. Si de verdad existen “circunstancias atenuantes” no hay que temer que las ignore. Dios excusará todo lo que sea realmente excusable. Por eso, lo que hemos de presentarle nosotros es la parte inexcusable, el pecado. Del mismo modo, al ir al médico, le enseñamos la parte que de ti está mal: por ejemplo, un brazo roto. Sería una pérdida de tiempo que te pusieras a explicarle que tus piernas, tus ojos, y la garganta están estupendamente bien. Puede ser que te equivoques y que no tengas roto el brazo, pero es eso lo que te duele. Si de verdad el brazo está bien, el médico lo sabrá.

El auténtico perdón significa mirar fijamente nuestro pecado, verlo en todo su horror, su suciedad, su intención y malicia, y pedir humildemente la misericordia divina, que viene pronta a sanar y regenerar nuestras heridas. Si pedimos de verdad perdón a Dios, lo recibimos siempre de modo sobreabundante.



### **3) La quinta petición del Padre nuestro**

Para introducirnos en el tema de este curso, nos puede ayudar la explicación que nos ofrece Benedicto XVI en su libro *Jesús de Nazaret* sobre la súplica del Padre nuestro “Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”.

La quinta petición del Padrenuestro presupone un mundo en el que existen ofensas: ofensas entre los hombres, ofensas a Dios. Toda ofensa entre los hombres encierra de algún modo una vulneración de la verdad y del amor, y por consiguiente se opone a Dios, que es la Verdad y el Amor.

La superación de la culpa es una cuestión central de toda existencia humana; la historia de las religiones gira en torno a ella. La ofensa provoca represalia; se forma así una cadena de agravios en la que el mal de la culpa crece de continuo y se hace cada vez más difícil superar. Con esta petición el Señor nos dice: la ofensa sólo se puede superar mediante el perdón, no a través de la venganza. El perdón es la forma de romper el círculo del mal, que tiende sino a crecer indefinidamente.

Dios está siempre dispuesto, perdonando, a romper el círculo del mal. Él es un Dios que perdona porque ama a sus criaturas. Pero el perdón sólo puede penetrar, sólo puede ser efectivo, en quien está abierto a él, reconoce su culpa, y se deja perdonar. Quien ha sido perdonado y lo entiende así, ese mira ya de modo distinto a su hermano, y está también dispuesto a perdonar. Por eso el perdón de Dios está unido a nuestra capacidad de perdonar.

El tema del «perdón» aparece continuamente en todo el Evangelio. Lo encontramos al comienzo del Sermón de la Montaña, en la nueva interpretación del quinto mandamiento, cuando el Señor nos dice: «Si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda» (Mt 5, 23 s). No se puede presentar ante Dios quien no se ha reconciliado con el hermano; adelantarse con un gesto de reconciliación, salir a su encuentro, indica que hemos entendido nuestra situación ante Dios, como deudores suyos. Solo entonces tiene sentido que nos acerquemos a ofrecer la ofrenda.

A este respecto, podemos pensar que Dios mismo, sabiendo que los hombres estábamos enfrentados con El como rebeldes, se ha puesto en camino desde su divinidad para venir a nuestro encuentro, para reconciliarnos (2 Cor 5,18). Recordaremos que, antes del don de la Eucaristía, se arrodilló ante sus discípulos y les lavó los pies sucios, los purificó con su amor humilde.

A mitad del Evangelio de Mateo (cf. Mt 18,23-35) se encuentra la parábola del siervo despiadado: a él, que era un alto mandatario del rey, le había sido perdonada la increíble deuda de diez mil talentos; pero luego él no estuvo dispuesto a perdonar la deuda, ridícula en comparación, de cien denarios que le debían: cualquier cosa que debamos perdonarnos mutuamente es siempre bien poco comparado con la bondad de Dios que perdona a todos. Y finalmente escuchamos la petición de Jesús desde la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34).



#### 4) *¿Qué es el perdón?*

Si queremos entenderla a fondo y hacer nuestra la petición del Padrenuestro, hemos de dar todavía un paso más y preguntarnos: ¿Qué es realmente el perdón? ¿Qué ocurre en él?

La ofensa es una realidad, una fuerza objetiva que ha causado una destrucción que se ha de remediar. Además, la ofensa está unida al ofensor, pues es una acción suya, con la que él mismo ha querido identificarse. Quien miente muchas veces, está eligiendo, tal vez sin darse cuenta, *ser* un mentiroso. Por eso nos resulta difícil mirar a la cara o dirigir la palabra a quien nos ha ofendido, porque entendemos que en su acción se ha plasmado a sí mismo.

Esto significa que el perdón debe ser algo más que ignorar, que tratar de olvidar. La ofensa tiene que ser subsanada, reparada y, así, superada. No perdona quien se toma una pastilla que provoca amnesia. Quien hace eso, en realidad, no toma en serio a la persona y a sus actos. El perdón es más exigente. A pesar de todas las apariencias, es capaz de decir a la persona que nos ha ofendido: “tú eres mejor que tus actos”. Significa dar crédito a la persona, confiar en que esa acción mala no agota todo su ser, en que hay un fondo bueno al que la persona siempre puede regresar.

Solo de este modo el perdón no es humillante. Perdonar no es mirar al otro por encima, como si no valiera nada y, por tanto, tampoco mereciera la pena tener en cuenta sus actos. Quien perdona, al contrario, lo hace porque ve en quien le ha ofendido un manantial más hondo de bondad.

Todo esto implica que el perdón es un trabajo, tanto para quien perdona como para quien es perdonado. Quien perdona tiene que aprender a mirar al otro de otra forma, a renovar las razones que le movieron a amarlo y, de este modo, ofrecer el perdón. Quien ha ofendido, por su parte, tiene al menos que reconocer su culpa y que expresarla, pidiendo perdón, ofreciéndose también para reparar lo hecho. A él le toca demostrar: “yo soy mejor que esta acción con la que te he ofendido”. De este modo quien perdona puede superar en su interior el daño recibido, cauterizarlo dentro de sí, y con ello renovarse a sí mismo. Y este proceso de transformación, de purificación interior, alcanza también al otro, al culpable, y así ambos, sufriendo hasta el fondo el mal y superándolo, salen renovados.

En este punto nos encontramos con los límites de nuestra fuerza para curar, para superar el mal. Nos encontramos con la prepotencia del mal, a la que no conseguimos dominar sólo con nuestras fuerzas. Y aparece aquí, en el trasfondo, el misterio de la Cruz de Cristo. Reinhold Schneider comenta a este respecto: «El mal vive de mil formas; ocupa la cúspide del poder...; brota del abismo. El amor sólo tiene una forma: es tu Hijo». Precisamente porque ha venido este Hijo, y nos ha donado la dignidad de hijos, siempre podremos perdonar al otro, por grande que sea la ofensa, porque siempre podremos ver, en él, a un hijo de Dios, por quien murió Cristo.

#### 5) *El “precio” del perdón*

La idea de que el perdón de las ofensas, la salvación de los hombres desde su interior, haya costado a Dios el precio de la muerte de su Hijo se ha hecho hoy muy extraña: recodar que el Señor «soportó nuestros sufrimientos, cargó con nuestros dolores», que fue «traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros



crímenes» y que «sus cicatrices nos curaron» (Is 53,4-6), hoy ya no nos cabe en la cabeza.

A esta idea se opone por un lado la banalización del mal en que nos refugiamos, mientras que, por otro, utilizamos los horrores de la historia humana, precisamente también de la más reciente, como pretexto concluyente para negar la existencia de un Dios bueno y difamar a su criatura, el hombre.

Pero también la imagen individualista del hombre nos impide entender el gran misterio de la expiación: ya no somos capaces de comprender el significado de la forma vicaria de la existencia, porque según nuestro modo de pensar cada hombre vive encerrado en sí mismo; ya no vemos la profunda relación que hay entre todas nuestras vidas y su estar abrazadas en la existencia del Uno, del Hijo hecho hombre. Cuando hablemos de la crucifixión de Cristo tendremos que volver sobre estas ideas.

De momento bastará con un pensamiento del cardenal John Henry Newman, quien en cierta ocasión dijo que Dios pudo crear el mundo de la nada con una sola palabra, pero que sólo pudo superar la culpa y el sufrimiento de los hombres interviniendo personalmente, sufriendo Él mismo en su Hijo, que ha llevado esa carga y la ha superado mediante la entrega de sí mismo. Superar la culpa exige el precio de comprometer el corazón, y aún más, entregar toda nuestra existencia. Y ni siquiera basta esto: sólo se puede conseguir mediante la comunión con Aquel que ha cargado con todas nuestras culpas.

La petición del perdón supone algo más que una exhortación moral, que también lo es y, como tal, representa un desafío nuevo cada día. Pero en el fondo es —como las demás peticiones— una oración cristológica. Nos recuerda a Aquel que por el perdón ha pagado el precio de descender a las miserias de la existencia humana y a la muerte en la cruz. Por eso nos invita ante todo al agradecimiento, y después también a enmendar con Él el mal mediante el amor, a consumirlo sufriendo. Y al reconocer cada día que para ello no bastan nuestras fuerzas, que frecuentemente volvemos a ser culpables, entonces esta petición nos brinda el gran consuelo de que nuestra oración es asumida en la fuerza de su amor y, con Él, por Él y en Él, puede convertirse a pesar de todo en fuerza de salvación.

## **6) Resumiendo**

Vamos a estudiar el tema de cómo aprender a vivir el misterio del perdón más profundamente, con Dios y con los demás, comenzando por los más próximos, en nuestra propia familia. C.S. Lewis nos advierte que hemos de pensar lo que significa “Creo en el perdón de los pecados” para evitar todo automatismo y banalización del perdón. Perdonar no es excusar. Benedicto XVI nos desgana la quinta petición del Padre nuestro, su relación con el Evangelio, y con la vida, muerte y Resurrección de Cristo.

¿Qué es el perdón y cuál es su “precio”? El poder del mal y la aparente “impotencia” del amor nos impulsan a profundizar en el misterio de la salvación y de la redención desde una mirada sacramental, cuyo centro es la carne, el cuerpo y todas las relaciones que en él se traban, comenzando por las relaciones familiares. La familia es un punto privilegiado para entender qué es el perdón y para aprender la forma concreta de ser perdonado y perdonar.



### **7) Concretando**

1. ¿Qué significa la expresión “creo en el perdón de los pecados” que recitamos en el Credo?
2. ¿Cuál es la importancia del perdón en el Evangelio y su originalidad?
3. ¿Cuáles te parecen las mayores dificultades para entrar en la lógica del perdón hoy?
4. Comenta la relación entre el misterio de la Cruz y el perdón de los pecados.

### **8) Práctica familiar**

Durante este curso vamos a ejercitarnos en la celebración del sacramento de la confesión. La propuesta es ofrecerlo a todos los miembros de la familia un domingo al mes, y celebrarlo con un postre en la comida o cena de ese domingo.

### **9) Referencias**

C.S. LEWIS, *El perdón y otros ensayos cristianos*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile 1998.

J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret. Escritos de cristología, Obras completas VI/1*, BAC, Madrid 2015, 228-230.